

---

# Los cambios de la diplomacia moderna\*

Miguel Ángel Ochoa Brun\*\*

## Los cambios de nuestro tiempo

En los años que siguieron a la primera guerra mundial, un diplomático francés muy ilustre, el embajador Cambon, escribió lo siguiente: "Diplomacia nueva, vieja Diplomacia, son palabras que no corresponden a nada real. Lo que tiende a modificarse es el exterior o, si se quiere, el ornamento de la Diplomacia. El fondo permanece el mismo".<sup>1</sup> Me parece que esta idea podría servirnos de básica referencia. En una época bien trascendental para los avatares internacionales, Cambon denunciaba meros cambios de superficie, mientras constataba que lo fundamental se mantenía.<sup>2</sup>

Nótese, además, que la mención de cambios en la diplomacia, de alteraciones en su comportamiento, es un lugar común que se ha repetido muchas veces y en épocas distintas. Por supuesto, nuestro siglo viene abundando desde el fin de la primera guerra mundial y con nuevo énfasis tras la segunda, en apuntar transformaciones sustanciales. Por cierto, en ellas seguimos. Habrá que recordar lo que alguien dijo hace ya décadas; a saber, que había aparecido la Nueva Diplomacia, y que ya sólo faltaba dejarla madurar.<sup>3</sup>

Algo más: quienes hace tres o cuatro decenios proclamaban que la Diplomacia, tal como venía de tiempos pasados, de épocas inspiradas por tradicionales juegos de alianzas, era ya inservible en un escenario novísimo basado en la bipolaridad de dos bloques contrapuestos, se habrán encontrado en nuestros

---

\* Ponencia presentada en el seminario "El perfil del diplomático en la era de la globalización, que tuvo lugar en el DARRD, el 28 de julio de 1994.

\*\* Embajador de España en Austria.

<sup>1</sup> Jules Cambon, *Le Diplomate*. Trad. española: *El diplomático*. Madrid, 1928.

<sup>2</sup> Otro tanto ha enunciado también Nicolson con rigurosa precisión: "The principles of sound Diplomacy - which are immutable - will in the end prevail" en *The Evolution of Diplomacy*, p. 124.

<sup>3</sup> John P. Davies, *Foreign and other Affairs*. New York, 1964, p. 165.

---

días con que lo que ha cambiado ha sido precisamente ese escenario. Y tendrán que rehacer todas las teorías que en él se habían sustentado. Y bien podremos decir ahora que precisamente por haber conservado sus caracteres, la Diplomacia ha podido continuar actuando imperturbada, cuando las circunstancias internacionales han vuelto a anteriores cauces.

A mi juicio, hay que precaverse, en todo caso, de un error muy pernicioso: el de tomar los elementos superficiales de la diplomacia —que son los que cambian— como si fuesen ellos los esenciales. Quien tenga a la Diplomacia por un mero conjunto puramente formal de gestos y de maneras, que naturalmente cambian con las modas y los usos, no es extraño que a cada paso compruebe novedades que desvirtúan o transforman el pasado; pero, el verdadero contenido de la Diplomacia es mucho más que eso; tal contenido es el que no se ha visto alterado esencialmente, pese a exigencias temporales.<sup>4</sup>

Lo que sí me parece indudablemente cierto, es que la Diplomacia no es algo que actúe inmovible en el vacío, ignorante de los hechos que la rodean. Precisamente porque la Diplomacia no puede jamás olvidarse de la historia para explicar los datos del presente, tampoco puede dejar de advertir que estos datos son los que condicionan en cada momento su propia actuación.<sup>5</sup>

En realidad, si se mira a la historia, se observará que cambios mucho más gigantescos que los actuales se han producido en otros tiempos en el mundo en general y en la Diplomacia en particular. Por consiguiente, me parece que debiéramos afrontar los cambios de hoy con un cierto optimismo tranquilizador. Son cambios, ciertamente, nadie lo puede negar, pero no tanto que deban sorprender más de la cuenta por su novedad ni alarmar demasiado por su capacidad de perturbación.

Es bien sabido, además, como un filósofo griego recordó, que todo cambia y que no nos es dado sumergirnos dos veces en el mismo río.<sup>6</sup> Así es. Pero no debemos echar en el olvido que si es verdad que todo cambia, también es cierto que nosotros cambiamos con las cosas. Ello nos facilita ya de por sí una tarea de aproximación y acomodo al mundo en el cual nos encontramos y que es por

<sup>4</sup> Tal sucede incluso con la mera profesión diplomática. "It is clear —creeble J. Erson Hart en 1969— that there have been dramatic and far-reaching changes in the environment and conditions of great power diplomacy over the past generation. What is not so clear is whether these changes have in turn produced a change in the very substance of diplomacy as a profession" (John Erson Hart. *The Professional Diplomat*. Princeton, 1969. p. 11). El autor hace interesantes consideraciones sobre el tema, especialmente en su capítulo primero, titulado significativamente: "The Profession: a new Diplomacy?".

<sup>5</sup> "La Diplomazia ha sempre subito l'influenza dell'ambiente storico-politico in cui si è trovata ad operare" en Enrico Serra. *Diplomazia e Storia*. Roma, 1981.

<sup>6</sup> Herclito, Diels. 22 B 91.

esencia fluido. Lo advierte muy hermosamente un famoso adagio latino: *Tempora mutantur et nos mutantur in illis*.

Se me ocurre pensar que cuando nosotros analizamos el tiempo presente (y el deber de análisis es propio no sólo del historiador sino aquí concretamente del diplomático), no nos debiera ser ajeno lo que sucede en virtud del llamado principio de la incertidumbre de Heisenberg, que es hoy día primordial elemento de la mecánica cuántica, a saber: que no se puede a la vez medir el lugar en que está una partícula y la velocidad con que se mueve. Esto es prácticamente lo que nos sucede ahora en muchos aspectos. Es muy difícil que podamos medir a la vez dónde estamos y en qué dirección vamos o cuál es el impulso que nos mueve.

Creo que todo ello no será inadecuado al referimos a los cambios que se han producido en la Diplomacia contemporánea o a nuestra posible adaptación a ellos. Es un hecho incontrovertible que se han producido hoy día cambios en el terreno de la Diplomacia. Sería absurdo negarse a advertirlo. Sin embargo, a mí me gusta más que hablar de cambio, emplear otra palabra que ha sido aquí ya oportunamente mencionada al evocar a un tratadista de la Diplomacia —Nicolson—, quien tuvo el acierto de abordar el tema de forma a la vez muy sagaz y pertinente, además de aleccionadoramente concisa. Nicolson empleó otra palabra que puede ser más útil que la de cambio: evolución.<sup>7</sup> Ahí es evidente que nos movemos en un terreno más asequible. Ha habido cambios, sí, pero más bien son fenómenos de una evolución; la idea de cambio parece producir un corte brusco, que no se ha dado en nuestro caso. La evolución, por el contrario, sugiere un camino bien andado, en el que hay etapas, bifurcaciones, ascensos y declives, pero una dirección constante y un impulso continuado.

También es verdad que la mayoría de los tratadistas de Diplomacia, cuando hablan de cambios, se empeñan en considerar solamente el periodo que va desde 1815 hasta hoy, en el cual se han producido ciertamente no pocas novedades. Pero sería más claro y más elocuente pensar en lo que fueron los anteriores siglos, por no decir milenios, de la historia de las relaciones internacionales. La mayoría de los cambios que actualmente se estiman decisivos y que podrían acarrear una profunda transformación de la Diplomacia en los albores del siglo XXI no son de hoy, sino que se han venido produciendo desde bastante tiempo atrás: el auge de las comunicaciones, el aumento en el número de Estados, la presencia de la Diplomacia multilateral o de conferencias, la limitación en las facultades decisorias de un jefe de Misión en el extranjero, la

<sup>7</sup> Harold Nicolson. *The evolution of Diplomatic method*. Londres, 1954. Traducciones francesa (*L'évolution des méthodes en Diplomatie*. Neuchâtel, 1955) y española (*La diplomacia*. México, 1955).

influencia de la opinión pública, el incremento de funciones y funcionarios y la disminución de los privilegios. Y tantos otros. Son novedades, pero no de hoy; datan de hace ya mucho tiempo y no hicieron peligrar la pervivencia de la Diplomacia, ni exigieron de ella alteración alguna verdaderamente profunda.

Mucho nos puede, aquí también, enseñar la historia. (Como oportunamente dijo una vez Ortega y Gasset, "la razón consiste en una narración; para aprender algo humano, es preciso contar una historia".)<sup>3</sup> Si hubiéramos de intentar una posible sistematización de la evolución de la Diplomacia que pueda ser útil al contemplarla desde hoy, me parece que podríamos resumirla en el siguiente esquema: En la antigüedad y en el medievo la Diplomacia fue itinerante y circunstancial. A partir del renacimiento fue residente y permanente en Europa. En el siglo XVIII europeo comenzó a ser profesional; actualmente nos movemos en un más extenso terreno conceptual en el cual —me parece a mí— la Diplomacia es más bien una especie de ámbito, de marco o también de acción.

Si preguntásemos a un europeo de la edad media qué entendía por diplomáticos, no comprendería nada de la pregunta, porque no existía entonces ni siquiera el término. Pero, explicándole poco a poco acabaría por entender que nos referíamos a embajadores y de ahí deduciría, pues, las personas. Si hiciésemos la misma pregunta a un europeo del siglo XVII, por ejemplo, ya entendería algo más; entendería que no solamente nos referimos a embajadores sino también a embajadas, es decir, la *función*. Si formulásemos la misma pregunta a un hombre del año 1900, desde luego que entendería algo más, entendería que aludíamos a los profesionales de la Diplomacia; es decir, entendería *una carrera*. Pero si hoy en día preguntamos a alguien acerca de Diplomacia, seguramente entenderá la pregunta de otra manera. Cuando un hombre de nuestros días habla u oye hablar de Diplomacia piensa más bien en un marco dentro del cual las relaciones internacionales se ejercen y adquieren el papel de sujeto, o bien una voluntad que las mueve. Se dice, por ejemplo, que la Diplomacia de hoy es buena o es mala, la Diplomacia ha fracasado en tal o cual crisis o ha resuelto tal o cual decisión; es decir, se aprecia ahí ya algo diferente. Ya no se trata simplemente de los embajadores o las embajadas, de la función o la carrera, sino de una especie de ámbito dentro del cual las relaciones internacionales actúan o de la fuerza que las determina. Esto me parece que pudiera ser, visto con la perspectiva de nuestros tiempos inmediatos, una novedad en el entendimiento de la Diplomacia.

En todo caso, creo que será pertinente formular la siguiente pregunta: ¿Ha cambiado tanto nuestra sociedad internacional de hoy para que podamos decir

<sup>3</sup> *Obras completas*, VI, p. 40.

que la Diplomacia también se ha transformado? Un embajador americano de la pasada década escribió unas líneas en las que venía a decir que, en realidad, las reglas generales y básicas de la Diplomacia de hoy no difieren sustancialmente del momento en el cual fueron formuladas en el pasado.<sup>9</sup> En realidad, creo que bien puede afirmarse que ni el papel que la Diplomacia tiene atribuido en las relaciones internacionales ni la notoria peculiaridad de la función que ejerce (que son, a mi entender, los dos ejes básicos de la Diplomacia) han dejado de ser lo que eran.<sup>10</sup>

### Rasgos de la Diplomacia contemporánea

Pero está claro que, si nos detenemos a examinar lo que es hoy en día la Diplomacia, encontraremos algunos rasgos que son ciertamente propios de este tiempo o que lo son más de él que de tiempos anteriores. Se podría decir mucho sobre esto y los oradores que me han precedido lo han dicho suficientemente bien como para que yo trate ahora meramente de imitarlos o emularlos. Me atrevo, sin embargo, a enjuiciar tales cambios seleccionando tres: la *democratización*, la *ampliación*, la *publicidad*.

En primer lugar, la *democratización*. Democratización ya en el mismo reclutamiento. Los diplomáticos de hoy se escogen según las normas democráticas que rigen a los Estados. Desaparecieron los criterios preferenciales que suelen achacarse —a veces con la razón de críticas justas, a veces también con la sinrazón de propósitos turbios—, a épocas pasadas. Democratización también, por supuesto, en la propia política exterior de los Estados entre sí; también la sociedad internacional se ha democratizado. Aún más: el fenómeno se advierte muy claramente en el seno de la llamada Diplomacia multilateral, en la cual los Estados actúan de un modo al menos teóricamente igualitario y toman decisiones en el seno de asambleas de indole democrática.

Bien es verdad que, como agudamente ha señalado un prestigioso internacionalista español, "la política exterior ha manifestado, conceptual e históricamente, una contumaz resistencia a la penetración de la participación y el control democrático".<sup>11</sup> Pero ello no resta general vigencia al argumento.

<sup>9</sup> "Most of the basic rules of good diplomacy are as applicable today as they were when they were first discovered or formulated" en Martin F. Herz. *Making the World a less Dangerous Place. Lessons learned from a Career in Diplomacy*. Washington, Georgetown University, 1981. p. 24.

<sup>10</sup> "If diplomacy today is a particular thing, a distinct vocation in relation to the general society, so it may continue to be differentiated by the same degree in the year 2.000" en Edmund A. Gullion. *Anniversary of Diplomacy in the Twenty-First Century*. Washington, Georgetown University, 1979.

<sup>11</sup> Antonio Remiro Brotons. *La acción exterior del Estado*. Madrid, 1984. p. 13 y s.

Ese control a veces se ejerce no por los canales puramente constitucionales, sino por los más ruidosos y azarosos de la opinión pública, cuyo papel en la política exterior de la actualidad no puede pasarse por alto. La capacidad de influir en los a menudo cambiantes estados de opinión puede ser una peligrosa arma de la Diplomacia.<sup>12</sup> Y la fuerza y el peso de la opinión pública no pueden nunca olvidarse si se consideran los factores que hoy convergen en las decisiones de política exterior.<sup>13</sup>

En segundo lugar, *ampliación*. Consiste simplemente en que actualmente hay más sujetos en la Diplomacia. La Diplomacia versa sobre más cosas y sus actores son más. Es tan conocido el hecho que no merece la pena extenderse demasiado en ello. No se trata solamente de que la complejidad de la estructura política de los Estados o su entramado social influyan obviamente sobre la política exterior, sino que se acrecienta la actuación internacional de entidades, instituciones, grupos, que dejan oír su voz paralelamente a la Diplomacia convencional o aun reclaman el protagonismo en la escena; se ha acuñado para ese fenómeno la denominación de "Diplomacia no oficial".<sup>14</sup> Un historiador o analista norteamericano de la Diplomacia aludió una vez a la "explosión" que ha producido la presencia de tantos sujetos en la escena internacional y esto verdaderamente sí que es una característica que contemplamos con frecuencia los diplomáticos o, digámoslo honradamente, padecemos.<sup>15</sup>

En tercer lugar, la *publicidad*. La Diplomacia de hoy es pública. Podría hacerse un sugestivo recorrido de la historia de la Diplomacia refiriéndose solamente a esto: Diplomacia secreta o Diplomacia pública; sería enormemente interesante apreciar cómo los distintos periodos de la historia han acogido con preferencia a una u otra de estas formas de Diplomacia. Es decir, no puede afirmarse, en modo alguno, que la Diplomacia pública sea una característica exclusiva de nuestros días.

No; erraría mucho quien pensase esto. La Diplomacia griega adolecía de vicios derivados de su sistema asambleista y público. Era efectivamente imposible hacer uso de una Diplomacia válida cuando un embajador recibía sus ins-

<sup>12</sup> No es un tema exclusivamente de hoy. Ya Caidén el Consoz reconocía los peligros de la captación de opinión que el hábil y elocuente embajador griego, el filósofo Carneades, ejercía entre la juventud con sus discursos.

<sup>13</sup> Tampoco puede, sin embargo, estimarse como una característica exclusiva de hoy. Ya en 1936 escribía el entonces secretario de Estado de Estados Unidos, Cordell Hull: "public opinion has controlled foreign policy in all democracies".

<sup>14</sup> *Ibid.* por ejemplo, el estudio titulado *Unofficial Diplomats*. Ed. por Matthew R. Berman y Joseph E. Johnson, Nueva York, 1977.

<sup>15</sup> "The explosion of participation in international affairs" en Glen H. Fisher. *Public Diplomacy and the Behavioral Sciences*. p. 5.

trucciones en medio de una gran asamblea, de suerte que, al llegar al lugar donde debía ejercerlas, el otro Estado sabía de sobra a qué venía y qué pretendía.<sup>14</sup> Diplomacia pública hubo también en la época de la revolución francesa. Ésta volvió a ser un objetivo político después de la primera guerra mundial y Harold Nicolson formuló exactamente las mismas críticas que hacía de la Diplomacia griega antigua.<sup>15</sup>

Pero es, desde luego, un hecho que la Diplomacia es hoy más pública que en pasadas épocas, en que primó la secreta. Se ha aventurado incluso que, en nuestro tiempo, la Diplomacia secreta es una contradicción.<sup>16</sup> Sin embargo, se dice que el presidente Kennedy se divertía pensando en un Servicio Exterior que estuviera compuesto de no más de treinta personas que trabajasen con él, mientras el Departamento de Estado sería una enorme fachada tras la cual centenares de funcionarios se pasarían papeles de una a otra oficina.<sup>17</sup> Adviértase que eso es ni más ni menos que el deseo de una Diplomacia secreta, es decir, precisamente lo que en tiempos de Luis XIV se formulaba como el gobierno personal del rey, que era llamado *Le secret du Roi*.

También parece que otro ilustre político de la era presente, cuya importancia precisamente los europeos subrayamos, Robert Schumann, solía decir: "Yo no soy partidario de una Diplomacia practicada en la plaza pública".

Así pues, cierto es que Diplomacia pública y Diplomacia secreta ha habido en diferentes épocas, pero habremos de convenir en que hoy predomina, aun con sus matizaciones, la Diplomacia pública.

### Las disyuntivas

Si los caracteres anteriormente expuestos pueden, pues, aducirse como algunos notorios rasgos de la Diplomacia de nuestros días, convendrá también aludir ahora a las disyuntivas que se plantean sobre lo que es o debe ser la Diplomacia de este tiempo. Algunas de tales disyuntivas, a mi entender, se refieren a la misma esencia de la Diplomacia. Otras al ejercicio de la misma por los diplomáticos.

<sup>14</sup> El propio Demócrito fustigó los defectos de la Diplomacia griega en su memorable discurso "Sobre la embajada infiel", en el año 343 a. C.

<sup>15</sup> *Op. cit.*, p. 99 y ss. Crítica lo que él llama "Diplomacy of loudspeakers", "exercises of forensic propaganda" o "permanent state of conference", que no pueden reemplazar a la verdadera Diplomacia, basada en la discreción.

<sup>16</sup> "Secret Diplomacy has become almost a contradiction of terms" en Glenn Fisher, *Op. cit.*

<sup>17</sup> Vid. Schlesinger, *A Thousand Days: John F. Kennedy in the White House*, Boston, 1965, p. 433.

En cuanto a lo primero, a la propia esencia de la Diplomacia, una disyuntiva que se ha planteado con carácter particularmente agudo es ésta: *aggiornamento* —si se permite el empleo de un término italiano muy expresivo— o disolución. Es decir, o se pone al día la Diplomacia o ésta no sirve para nada. He ahí una disyuntiva demasiado drástica.

Es revelador, a mi juicio, el título de un libro que apareció hace un par de décadas en Alemania. Su autor era Heinrich End y, bajo el título *Renovación de la Diplomacia*, aducía este revelador subtítulo: "¿Fósil o instrumento?".<sup>20</sup> Es decir: ¿Es la Diplomacia un fósil ya inservible, un recuerdo del pasado, o es más bien todavía un instrumento válido? Desde luego que la disyuntiva conduciría a una interminable discusión. Me parece que sería además una discusión de poco sentido, porque creo que lo que procede no es ni poner la Diplomacia necesariamente al día, falseando tal vez su propia idiosincrasia, ni tampoco apartarla del uso, sino simplemente utilizarla correctamente. En la utilización adecuada de la Diplomacia, y no en otra cosa, debería hallarse la solución a esa posible alternativa.

Otra disyuntiva aún más drástica: necesidad o contingencia. Es decir, ¿la Diplomacia es necesaria? O bien, ¿es o ha sido contingente? Ahí se plantea si la Diplomacia es un instrumento naturalmente indispensable o, por el contrario, pudo incluso no haber existido nunca. Naturalmente que es más peliaguda esa disyuntiva y que ofrece formulaciones que, de suyo, pueden ser sumamente hostiles a la propia Diplomacia.

Por cierto, tampoco son de hoy. Nada menos que un gran diplomático y tratadista holandés del siglo XVII, Hugh van Broot —Grocio lo llamamos en nuestra lengua española— opinaba que las embajadas eran superfluas (y eso que él era embajador).

Hay una anécdota todavía más curiosa, que podría traerse aquí a colación, por directamente reveladora. Dicese que el Canciller Bismarck, en una conversación con su homólogo, el Canciller ruso del imperio de los zares, Nesselrode —un viejo estadista cargado de edad y experiencia—, llevaba consigo a un joven diplomático prusiano de 24 años, el barón de Holstein, a quien presentó con estas palabras: "Le presento a un diplomático del futuro". A lo cual, Nesselrode, áspero, anciano, fatigado, amargado seguramente por sus propias decepciones, repuso: "Canciller, desengáñese; en el futuro no habrá diplomáticos". No es necesario decir que el sabio y veterano Nesselrode se equivocó absolutamente, porque su futuro, que es ya nuestro pasado, ha conocido a muchos diplomáticos; además, porque Holstein fue precisamente uno de los más distinguidos.

<sup>20</sup> Heinrich End. *Erneuerung der Diplomatie: der Auswärtige Amt der Bundesrepublik Deutschland: Fossil oder Instrument?* Berlin, Neuwied, 1969.

También dicen que la reina Victoria de Inglaterra expresó la opinión de que había ya pasado el tiempo de los diplomáticos.<sup>21</sup> Parece que Lord Palmerston, al recibir por primera vez un despacho en cable dijo: "*This is the end of diplomacy*". También, mucho más cerca de nuestros días, lord Vansittart escribió un ensayo llamado "El declive de la Diplomacia",<sup>22</sup> en el cual aludía a esta posible contingencia de nuestra profesión. Más todavía, Brzezinski dijo hace no mucho (1983) lo siguiente: "en esta era de computadoras y de satélites, de vuelos supersónicos y de líneas de comunicación archiseguras, la vieja Diplomacia es una pérdida de tiempo y de dinero". Más recientemente, se ha escrito de la Diplomacia que es "obsoleta" y que va "a la deriva".<sup>23</sup>

A mi juicio, no hay tal. Felizmente, acabamos de escuchar aquí en esta sala opiniones muy positivas. El embajador De Icaza ha expresado su creencia en que la Diplomacia no esté devaluada en nuestros días. El embajador Pérez Bravo ha estimado que seguirá siendo cauce de las relaciones internacionales. Un análisis riguroso de nuestro tiempo que vaya más allá del tópico fácil, del que siempre abusan los observadores superficiales, confirma que no es razonable hablar hoy en modo alguno del fin de la Diplomacia. Más aún, puede ser que nunca haya hecho falta tanto como actualmente una Diplomacia activa, atenta a las circunstancias y presta a esforzarse en la salvaguarda de la paz. Lo que sí, es preciso dar, y no regatear, a esa Diplomacia los medios y el ámbito para actuar.

Antes anuncié que otras de estas disyuntivas se refieren a los propios diplomáticos y al ejercicio que ellos hacen de su función. Una de ellas, la más usada, es ésta: especialidad o generalidad.

Creo que conviene empezar señalando que cuando se habla de especialidad se confunden cosas. Se confunde la especialidad con la experiencia. El experto es el hombre que ha aprendido el oficio con el tiempo. Se ha hecho conocedor *a posteriori*. El especialista es el hombre que se ha sometido a un aprendizaje artificial para poder adquirir unos conocimientos concretos, es decir, en un procedimiento *a priori*. Son dos cosas que se parecen, pero que no son iguales: frente a ambas suele colocarse a la generalidad. De ahí la pugna, un tanto ilusoria, entre generalidad y especialidad.

Si la visión *general* de las cosas (la amplitud en su conocimiento) fue siempre entendida, con razón, como un primordial requisito de la formación humana,

<sup>21</sup> "Her Majesty is much opposed to any increase of Ambassadors; indeed Her Majesty thinks that the time for Ambassadors and their pretensions is past" (Passerby a Lord Dalby, 17 de febrero de 1876, cit. en Raymond A. Jones. *The British Diplomatic Service 1815-1914*. 1983, p. 173).

<sup>22</sup> "The Decline of Diplomacy" en *Foreign Affairs*. 1930.

<sup>23</sup> Alvin y Heidi Toffler en *Las guerras del siglo XXI*.

es hoy todavía más necesaria en un mundo lleno de interdependencias y de correlaciones. Pero ni debe anular la visión especializada y concreta, ni ésta puede prescindir de un conocimiento general, porque el conocimiento es uno y las especialidades son sus partes. Toda pugna entre el todo y sus partes es irracional. El culto exclusivo a la especialización, por desgracia muy propio de la enseñanza contemporánea, corre el riesgo de empequeñecer el acervo del conocimiento. Nadie es mejor especialista que el que parte de un vasto saber. Por el contrario, nada hay tan grotesco como exigir a alguien que sepa cada vez más sobre cada vez menos, que es, por desgracia, el sino más negativo del especialista puro. El diplomático debe esforzarse en un entendimiento vasto de las cosas y del mundo, sin perjuicio —claro está— de profundizar su estudio sobre alguna parcela del saber. Lo que, a mi entender, si puede y debe exigirse a los diplomáticos es que sean especialistas y expertos en Diplomacia.<sup>24</sup>

Suele actualmente decirse, en efecto, que si la Diplomacia quiere persistir, quiere sobrevivir, deberá especializarse. Yo quisiera dar la vuelta al argumento y decir que si la Diplomacia ha persistido, ha sobrevivido hasta hoy, es precisamente por haber sido generalista, porque si no, se hubiera ya atomizado, se hubiera fraccionado en otros elementos y no contaríamos hoy con el brazo unitario de una Diplomacia que sepa ser un instrumento firme y seguro del Estado, entendido en su totalidad.

Otra disyuntiva es evidentemente la que enfrenta teoría y práctica. Es decir, conocimiento y técnica. Me parece que la disyuntiva no es correcta, porque no son conceptos antitéticos. Cuando en la vida privada se hace preciso acudir a un buen especialista, se busca que tenga a la vez una buena teoría y una buena práctica y no serviría ninguna de estas dos cosas solas; se requieren ambas, tanto más si se da particular importancia a la competencia de la persona que se ha de elegir. La teoría de las relaciones internacionales va ligada al ejercicio práctico de la Diplomacia o, si se quiere, la teoría de la Diplomacia procede en parte sustancial de los datos de un correcto, hábil y honrado ejercicio de las relaciones entre los Estados.

Idoneidad o conocimiento. He aquí una disyuntiva de más ardua solución. Y ello porque se refiere a la condición del propio ser humano. ¿Qué es mejor: un diplomático idóneo, hábil por naturaleza, o un diplomático, acaso no idóneo, pero cargado de conocimiento? Es muy difícil, evidentemente, encontrar una fórmula que nos consienta aunar algo que si está en nuestras manos —imbuir conocimientos— y algo que no lo está, que es hacer a una persona apta para una

---

<sup>24</sup> Vid. Miguel-Ángel Ochoa Brus. "Selección y perfeccionamiento del personal de la carrera diplomática" en *Documentación administrativa*. Madrid, 205, 1985. p. 178-193.

función. Debe ahí dejarse la solución a la competencia de los Estados para elegir a sus funcionarios o al talento que cada cual tenga de acomodar sus propias circunstancias y capacidades al ejercicio que le imponga la carrera que ha escogido o para la que ha sido seleccionado. La tarea selectiva y formativa del Estado para con los candidatos a su Diplomacia ha de ser la de impartir conocimientos, pero también la de fomentar vocaciones e intuir idoneidades; la tarea del individuo, por su parte, ha de ser la de esforzarse en hacerse digno de una misión que lo conduce a hacerse oco y representante de su propia patria, combinando oportunamente cualidades innatas y nociones adquiridas.

Bien es verdad que todas las academias han procurado siempre, a mi juicio con mucha razón, que salieran de sus aulas los mejores. Comprendo que esto no siempre es popular, pero el Estado necesita que sus funcionarios sean los mejores, independientemente de cuáles sean otras circunstancias que puedan tenerse en cuenta a la hora de seleccionar y formar. El embajador De Icaza ha proclamado –otra vez con mucha razón– que necesitamos diplomáticos de excelencia. Acaso no esté de más traer aquí una cita de venerable antigüedad: decía Plutarco que para embajador había que escoger al primero de los primeros y al mejor de los mejores. Sin duda esto no será más que un mero *desideratum*, pero no será malo tenerlo presente, sobre todo por parte de aquéllos a cuyo cargo está la formación de los aspirantes al ejercicio de la función diplomática.

Al propio ejercicio de esa función correspondería otra disyuntiva: unidad del Servicio Exterior o multiplicidad. Corresponde a ella una muy importante decisión en la legislación de los Estados. En España se resolvió de manera conveniente en un Real Decreto sobre la Unidad del Servicio Exterior. El Servicio Exterior es uno, por consiguiente el representante del Estado es exclusivamente el embajador. La unidad del Servicio Exterior implica naturalmente que, junto a él y a sus órdenes, haya una múltiple capacidad, una coordinación de tareas y personas que, en una actividad muy diversificada, forman el conjunto de la Misión. Pero ésta no cumpliría bien su cometido si no estuviera concebida sobre un criterio unitario, que aúne y concentre la representación exterior del Estado. Toda dispersión del Servicio Exterior, aun aparentemente amplificadora de sus derroteros y resultados, acaba a la postre pagándose en incongruencias y contradicciones; y, por ello, en ineficacia.

### **El perfil del diplomático**

A mi juicio, el diplomático de mañana no debería ser muy distinto del diplomático de hoy. Eso sería la mejor garantía de la continuidad de una tarea de servicio a

---

la comunidad internacional. El ideal de cada ser humano, insertado en el continuo devenir de su propia historia, consiste en hallarse en condiciones de responder con acierto a las exigencias de cada nuevo día, reconociéndolo como nuevo, pero sabiéndolo producto del ayer.

No será fácil delinear la silueta del diplomático futuro, como no lo es profetizar los detalles de lo que está por venir.

Acaso lo más pertinente al tratar de perfilar esa silueta sea esbozar unas condiciones que sean también augurios de futuro. A ello me autoriza el único privilegio de que puedo blasonar: el de la veterania. Es ésta la que mejor faculta para sugerir o aconsejar, con afecto y buena voluntad, a quienes uno estima que puedan ser justos beneficiarios de tales exhortaciones.

He aquí, pues, mis deseos a la hora de trazar el perfil del diplomático del siglo XXI. He aquí los consejos que me gustaría expresar a los futuros diplomáticos, para hacerles más llevadero su trabajo, más fructífero su quehacer, más honorable su misión:

En primer lugar, que sepan combinar los irrenunciables recursos inherentes con los conocimientos que adquieran en su formación primero, en la práctica después.

Que sepan preservar el carácter profesional de su tarea y la propia peculiaridad, que les es esencial y que les confiere una personalidad específica entre los servidores del Estado.

Que aprovechen los datos de la especialización y de la experiencia, pero que no se dejen maniatar por ellos, ni renuncien a actuar con la capacidad de iniciativa que proporciona la visión general de las cosas.

Que no tengan nunca miedo de revestirse de la dignidad del Estado que representan, que es su patria, pero que, ni menosprecien con ello la dignidad de los demás Estados, ni olviden sobre todo la dignidad del hombre.

Que tengan presente que, si bien es cierto que el mundo ha cambiado, no lo es menos que seguirá cambiando y que los avanzados innovadores de hoy quizá se conviertan en los recalcitrantes de mañana.

Que no olviden que la mejor manera de acompañarse al cambio es preservar la esencia de las cosas y no sacrificarlas a accidentes pasajeros.

Que no se aferren, pues, a métodos ya inservibles, pero tampoco se dejen llevar a improvisaciones precipitadas o seducir por innovaciones tal vez innecesarias.

Que sepan que en su tarea los han precedido muchos, y que muchos los seguirán. Su majestad el Rey de España, aludiendo en una ocasión a algo parecido, recomendó expresamente conservar el espíritu de cuantos han contribuido antes con su trabajo a transmitírnos el legado de sus obras y el recuerdo de sus esfuerzos.

Que sepan que no deben renunciar ciegamente a las formas del pasado. Es verdad que no hemos de trabajar hoy con máquinas de vapor, pero tampoco debemos destruir la clepsidra porque haya relojes electrónicos. Ni renunciar a la física de Newton porque manejemos la física cuántica. Ni derribar el puente romano porque hoy día se construyan puentes de cemento y de acero.

Que estén prestos a no limitarse a simplemente ejecutar, sino también sepan sugerir, aconsejar, analizar.

Que al defender los intereses de su propia nación, busquen conciliarlos con los de las demás, porque armonizar es propio de embajadores. Un embajador español de nuestro *Siglo de oro*, Juan Antonio de Vera y Zúñiga, llamó a los embajadores "conciliadores de las voluntades de los príncipes".

Que no olviden que su principal tarea es –como aconsejé una vez a los aspirantes a la Diplomacia española– aprender a trocar la violencia por la comprensión; la confrontación por la negociación, el desafuero por el derecho; la destemplanza por la cortesía.<sup>21</sup>

Que sean –como aquí también se ha dicho– puente de diálogo, avenida de comprensión; y que traten, siempre y sobre todo, de ser mensajeros de paz. Es la más bella de sus misiones. Lo proclama en el Antiguo Testamento un versículo de Isaías: "¡Qué hermosos son sobre los montes los pasos del mensajero que anuncia la paz!"<sup>22</sup> A mí me parece que será un buen diplomático y hará honor a su tarea política, también a su propia exigencia personal, aquel que sepa ante todo ser emisario de paz.

---

<sup>21</sup> Miguel-Ángel Ochoa Brua, *Clausura del año académico 1985-1986 de la Escuela Diplomática*. (13 de junio de 1988). *Vid. Los reyes en la Escuela Diplomática*, Madrid, 1990, p. 71.

<sup>22</sup> *Isaías*, 52, 7.